LA SECRETARIA GENERAL

DEL

MOVIMIENTO NACIONAL-SOCIALISTA DE CHILE

Funciona en Estado 239, 2.° Piso, edificio del Teatro Imperio

Teléfono 87350

Lea la Página Nacional - Socialista de los Martes y Sábados, en el diario de la tar- "El Imparcial".

Escuche y avise en la Radio Difusora "Santa Lucía", que es la Radio oficial de M. N. S. Su onda queda entre Radio Difusora Universo y Radio Difusora Industrial.

INTRODUCCION

Existe, aun muy ampliamente difundida entre una gran masa de trabajadores, la idea de que el Partido Socialista, que encabezan el coronel Marmaduque Grove, el Sr. Eugenio Matte, y algunos intelectuales pequeño-burgueses, quiere y puede jugar un rol revolucionario. Esta idea se expresa de diversas maneras: unos sostienen que los dirigentes de ese Partido, tratan de implantar en Chile, la "República Socialista"; otros ya desconfían de las maniobras de dichos jefes, porque advierten que existe un manifiesto divorcio entre su lenguaje "socialista" y sus actos perfectamente burgueses, pero continúan, aun ligados a ellos porque siguen creyendo que, empujados por las circunstancias, pueden jugar un rol revolucionario derrocando a los gobiernos reaccionarios, civilistas; otros camaradas, a pesar de que no creen en el grovismo, y lo desprecian sinceramente, hacen grandes concesiones a esta maniobra burguesa y vacilan ante ella, porque creen que el grovismo no es actualmente el mayor obstáculo para desencadenar las luchas de masas que deben conducir a la revolución.

Lenin ha dicho palabras muy elocuentes al respecto y que son aplicable concretamente a las condiciones de Chile:

"Luchar contra la reacción significa, ante todo, liberar

ideológicamente a las masas de la reacción. Pero la fuerza y la vivacidad de la influencia ideológica de la reacción sobre las masas, no está en la influencia de los "cien negros" reaccionarios (en Chile se puede decir: Alessandri, el ibañismo, nacismo, Milicias Republicanas), sino en la influencia de los "cadetes". (Es decir, en Chile, grovistas, hidalguistas, etc.)".

"Esto no es paradojal. El tipo de los "cien negros" reaccionarios, es un enemigo abierto, grosero, que puede incendiar, matar, hacer pogroms, pero que no puede engañar, ni siquiera al campesino más atrasado. El "cadete" trata de persuadir al campesino y al pequeño burgués más atrasado, que puede obtener su liberación por la vía pacífica, que la indemnización en favor del terrateniente constituye la forma más apropiada para conseguir la tierra".

"Para der realmente golpes a la reacción, es necesario librar ideológicamente a las masas de la influencia de los "cadetes", que las engañan y extravían de las tareas y del verdadero camino de la lucha contra la reacción".

Nos proponemos en este folleto, demostrarles a los trabajadores que, sinceramente, creen aun en el grovismo o cooperan con él con su vacilaciones, que tanto por la calidad social de su dirección, como por su ideologia y sus medios de acción, el grovismo no conduce al socialismo, sino que es un arma afilada de la contra-revolución; que por su lenguaje demagógico, se abre camino fácilmente hacia las masas, desempeñando, por eso mismo, un rol auxiliar a las clases dominantes de mucho mayor utilidad que los partidos, llamados, históricos.

Obreros, campesinos, empleados, maestros, estudiantes, que aun creéis en Grove o su Partido, leed detenidamente este folleto que hemos escrito para nosotros, y comparad sinceramente la naturaleza y rol de ese Partido, con el Partido del proletariado, el Partido Comunista. Nuestro propósito es conducirte por el verdadero camino de la revolución obrera y campesina.

BIBLIOTECA NACISTA N.º 5

LA CONCEPCION NACISTA DEL ESTADO

POR

JORGE GONZALEZ VON MARÉES

(Jefe del M. N. S)

Tercera conferencia del Plan de Estudios de Problemas Chilenos del Movimiento Nacional - Socialista de Chile, dictada en Santiago el 9 de Setiembre de 1932.



IMPRENTA "LA TRACCIÓN"
FONTECILLA 268
SANTIAGO-CHILE
1932

La Concepción Nacista del Estado

I

Si analizamos los trastornos políticos y sociales que Chile sufre desde el año 1920, observaremos que este período de nuestra historia se caracteriza por una total desorientación de la opinión nacional y de los hombres que durante él han tenido a su cargo el manejo de los negocios públicos, en lo que se refiere a la concepción del Estado como órgano director y regulador de las actividades colectivas.

La acción política, social y económica que los Gobiernos han desarrollado durante esos años, ha sido desarticulada y sin sentido. Posesionados de una verdadera fiebre de reformas, nuestros gobernantes no han dejado escapar a su intervención ninguna de las actividades e instituciones del país. Todo el edificio nacional construído en un siglo de paciente labor, ha sido derribado en pocos años al golpe de la barreta gubernativa, sin que sobre sus ruinas se haya logrado, hasta este momento, levantar la nueva construcción que deba reemplazarlo.

El espectáculo que Chile ofrece en la actualidad, no podría ser más desconcertante y doloroso. Cierto es que donde ayer se alzaban vetustos caserones coloniales, hienden hoy el espacio imponentes rascacielos, y que por donde antes transitaban desvencijadas las carretas, circu-

lan ahora velozmente miles de automóviles. Pero, junto a este innegable progreso material, cuánta ruindad, cuánta inepcia, cuánta farsa y cobardía. El Estado, en la elevada acepción de esta palabra, no existe hoy en Chile. Los intereses nacionales carecen de dirección. No hay una visión clara del rumbo que debe seguirse, y en medio de la desorientación general, la incompetencia y la inmoralidad han sentado sus reales en todos los organismos públicos. ¡Se ha pretendido construir una patria nueva, y en su lugar sólo se ha logrado acumular un hacinamiento informe de palacios y de miseria, de carreteras y de prevaricación!

Son muchas, sin duda, las causas que han originado esta situación; empero, la fundamental de ellas ha sido la ya anotada, de la más absoluta ausencia, en nuestro ambiente político, de una concepción clara y precisa de lo que debe ser el Estado frente a las nuevas tendencias colectivas. Ha faltado en nuestros hombres de gobierno una comprensión neta de la realidad, que les hubiera hecho percibir la íntima relación que necesariamente debe existir entre la enconomía y la política, entre las conquistas sociales y la administración pública. Nos hemos transformado económica y socialmente, pero hemos conservado invariable nuestra estructura política y administrativa. Hemos querido y queremos realizar una economía socialista con un Estado genuínamente liberal, con instituciones liberales, con gobernantes y funcionarios plasmados en el criterio liberal, con organizaciones políticas que sólo son desechos de los viejos partidos de la era liberal. Por eso hemos fracasado; por eso el país ha vivido y continúa viviendo sin rumbos y en perpétua zozobra; por eso la audacia y la inescrupulosidad de los mercaderes de la política ha dispuesto de los destinos nacionales, sin encontrar resistencia de parte de los elementos sanos de la población, que constituyen, sin embargo, la inmensa mayoría de la opinión del país.

El Movimiento Nacional - Socialista de Chile ha comprendido, por fin, este divorcio que existe entre el Gobierno y las necesidades vitales de la República; ha comprendido que lo que el país requiere no son cambios constitucionales ni legislativos, sino que una modificación sustancial de la concepción del Estado. Es ésta su finalidad primordial: erigir sobre las ruinas del viejo Estado liberal, el nuevo edificio político del ESTADO NACISTA, es decir, de un Estado que sea capaz de transformar en vida y acción las aspiraciones de orden, de trabajo y de justicia social, que hace ya tantos años surgen en vano desde lo más hondo del alma de nuestra raza.

II

Las orientaciones sociales y económicas de los pueblos están todas dominadas, en la hora presente, por un mismo principio, que constituye, por decirlo así, el eje de la política de las naciones: el sometimiento, cada vez más absoluto, del individuo a la colectividad. Este principio, que para nuestros abuelos habría significado la más monstruosa de las aberraciones, es hoy la piedra angular de toda acción gubernativa. La vida de los pueblos no es ya concebible sin una fuerte y constante presión del Estado sobre todas las iniciativas particulares, con la mira de hacerlas converger hacia la suprema finalidad del bienestar colectivo. El libre juego de las leyes naturales, que hace triunfar a los más fuertes sin consideración a las consecuencias que este triunfo pueda tener para la marcha general de la colectividad, debe ser controlado y reprimido por el Estado. Al individuo sólo le es lícito actuar en cuanto sus esfuerzos redunden en beneficio social, y toca a los poderes públicos encauzarlo por esta vía y mantenerlo en ella.

Ahora bien, el Estado liberal se ha demostrado del

todo impotente para asumir este rol de tutor y director de las actividades individuales. Creado con fines casi exclusivamente policiales, de mantenedor del orden material y amparador de las libertades públicas, ha sido incapaz de impedir que sus instituciones fundamentales, generadas sobre la base de abstractas concepciones doctrinarias, fueran deformadas y anuladas en su funcionamiento a medida que el doctrinarismo político del siglo pasado ha sido desplazado por el empirismo económico de la hora presente. Es así como las ideas que le dieron vida y fuerza han ido desvaneciéndose, hasta el punto de haber llegado, en la actualidad, a perder todo su antiguo significado. Los conceptos de soberanía popular, sufragio universal, parlamentarismo y demás que durante un siglo presidieron la organización política del mundo occidental, carecen hoy casi totalmente de sentido. Los viejos sistemas y organismos políticos se disgregan rápidamente, pues los pueblos no se manifiestan dispuestos a continuar sometidos a la majestad invulnerable de las Constituciones liberales, cuyos preceptos no se avienen ya con la evolución espiritual y material de la época.

Por otra parte, la fiebre de los negocios y las crecientes dificultades de la vida diaria han ido alejando de las contiendas políticas a los mejores elementos de la sociedad, y a medida que se ha ensanchado el campo de las actividades económicas, absorbiendo las fuerzas más capaces y sanas de la nación, el campo político ha sido entregado a los núcleos de audaces y de ambiciosos que buscan en él una compensación de sus fracasos en la lucha honrada por la vida.

A su vez, el dinero, acumulado en forma de enormes empresas económicas y de monstruosos capitales, ha llegado a constituir, al amparo del liberalismo, una potencia de tal magnitud, que absorbe hoy y mantiene bajo su control casi absoluto la vida de las naciones. Los po-

tentados del dinero han constituído de esta manera un Estado dentro del Estado; más aún, han transformado la fuerza política del Estado en un instrumento de sus especulaciones. Los principios democráticos de gobierno han sido subyugados por la acción corruptora del dinero, y cada vez que los gobiernos liberales han pretendido reaccionar contra la presión nefasta de los agiotistas y especuladores, sólo han logrado dejar al desnudo su absoluta impotencia frente a ellos.

Ante esta situación y faltos de una nueva fuerza ideológica que los encauce, los pueblos recurren, uno en pos de otro, a la única fuerza capaz todavía de mantener en orden las sociedades y de satisfacer los anhelos de la época: la voluntad de un hombre. El viejo idealismo político, esencialmente impersonal, es reemplazado por una concepción objetiva y práctica del gobierno, que se traduce en la tendencia, cada vez más vehemente en los pueblos, de ser dirigidos por individualidades fuertes, que reúnan en sí la mayor suma de poder.

Así como bajo los regímenes de gobierno tradicionales el factor hombre es relativamente secundario, pudiendo aquéllos subsistir y aún prosperar con mandatarios de escasa capacidad directiva, bajo la nueva fase histórica que se inicia, la capacidad del jefe del Estado constituye un factor esencial para la vida del mismo. En el Estado tradicional, el jefe del gobierno es, ante todo, un símbolo; es la materialización del poder, cuya verdadera vida y fuerza reside en la idea política que ese gobernante encarna. Así, en la monarquía hereditaria, el poder del rey no emana de la persona de éste, sino que del principio de la realeza, sólidamente anclado en el alma popular. Del mismo modo, en el gobierno constitucional republicano estilo siglo XIX, la autoridad del jefe del Estado no emana de la persona que ejerce este cargo, sino del prestigio de la Carta Fundamental a cuya sombra esa persona ejercita su mandato.

Cosa muy diversa sucede cuando la antigua tradición política ha desaparecido, que es el caso en que se halla Chile. En esta nueva época de la vida de los Estados, los gobernantes, aunque mantengan títulos semejantes a los de sus antecesores, desempeñan, sin embargo, un papel muy diverso del de aquéllos. Ya no son ellos meros símbolos del poder, sino que constituyen la esencia misma del poder. Su prestigio, su fuerza, no emanan ya de una ficción— soberanía por derecho divino, soberanía popular,— sino que descansan, exclusivamente, en la energía y capacidad individual del jefe. Ya no son la tradición ni las articulaciones de un código las fuentes del poder, sino que lo es el valer dè los hombrès que llegan a asumirlo. Aunque se conserven las exterioridades y los formulismos de antaño, aunque en la generación y el ejercicio del poder se continúen las prácticas de la era fenecida, en el fondo, esas prácticas han perdido gran parte de su significado. Lo efectivo, lo que realmente tiene vida y actúa en el interior de ese engranaje, es la voluntad de los individuos de fuerte temple que lo accionan y le dan movimiento.

He aquí la diferencia fundamental que existe entre la vieja política y la nueva. Aquélla descansó, más que todo, sobre doctrinas; ésta sólo podrá descansar sobre hombres. Las doctrinas y los dogmas políticos carecen ya de poder para imponer a los pueblos una línea definida de conducta y mantenerlos políticamente en forma. El materialismo de la época no se satisface con el idealismo y las abstracciones dogmáticas; él exige acción real, clara y definida, y ésta sólo pueden proporcionarla los hombres de voluntad decidida y fuerte. En vez de política, deberá haber políticos, en la más noble y viril acepción de esta palabra. En vez de doctrinarismos y concepciones metafísicas del gobierno, deberá haber ideales basados en la realidad de los hechos y modelados por las circunstan-

cias y necesidades de la época. En vez de mayorías irresponsables, deberán ejercer el poder individuos responsables; en vez de programas vagos y utópicos, deberá haber acción precisa y real.

En esta nueva época, el fardo del gobierno será, sin duda, más pesado de lo que fué en el período que termina. Las responsabilidades no podrán ya diluírse en parlamentos o asambleas, pues ellas recaerán, directa y nítidamente, sobre los hombres que tengan en sus manos el poder. Pero esto, lejos de ser un inconveniente, constituirá el mayor incentivo, para los individuos que se sientan con verdadero temple político, para aspirar al mando. El político de alto bordo no elude las responsabilidades, sino que las busca, y en este deseo de vencer en lucha abierta con los acontecimientos reside su mayor fuerza.

III

Expuesta ya la base esencialmente humana y realista en que descansará el Estado del futuro, tócanos ahora entrar a considerar otro aspecto fundamental de su constitución.

Hemos dicho que en el nuevo Estado el factor hombre deberá predominar sobre todo otro factor. Conclusión obligada de esta premisa es que todo el rodaje de su organización deberá tender a llevar a los más altos puestos directivos a los hombres mejor dotados. Será, pues, necesario, para obtener este résultado, establecer un proceso de selección política que permita llenar este requisito en la forma más perfecta posible.

Dentro del concepto liberal del gobierno, el único sistema de selección aceptado es el que éntrega la misma a la voluntad sin contrapeso de las mayorías. Basado en el principio de la igualdad natural de los hombres, este sistema ha sido considerado, durante un siglo, como el más

sabio y el más justo. ¿Qué gobierno, se ha dicho, podrá ser mejor que el que el mayor número de los propios gobernados quieran darse? La experiencia ha demostrado lo falaz de esta argumentación. La historia política de las naciones y muy en especial la de Chile, ha comprobado que el sistema democrático-liberal de generación del gobierno sólo puede mantenerse mientras prácticamente no sea ejercitado. Esto, que aparentemente constituye una paradoja, en realidad no lo es.

En efecto, si analizamos la historia de la era liberal de Chile, distinguiremos en ella dos períodos perfectamente demarcados: el primero, abarca desde los tiempos de Portales hasta los de Balmaceda, y el segundo, desde la Revolución de 1891 hasta Alessandri. Ambos períodos pertenecen, indudablemente, a la etapa liberal de nuestra historia; sin embargo, analizados a fondo, uno y otro se diferencian fundamentalmente.

En el primero de estos períodos, la democracia igualitaria sólo existió en el nombre. Los hombres se decían políticamente iguales, pero en el hecho no lo eran. El dominio del campo político estaba por entero entregado a una oligarquía, en la más genuína acepción de esta palabra. La masa del pueblo casi no intervenía en política, y si lo hacía, era exclusivamente para servir de instrumento a la clase dirigente. Tienen, pues, razón quienes afirman que la democracia chilena de esos tiempos, si por democracia debe entenderse el gobierno de la multitud, no era más que una mascarada. Sin embargo, fueron esos los tiempos de oro de Chile. Durante esos sesenta años la República fué gobernada, sin una excepción, por los mejores de sus hijos. Todos los hombres que llegaron en ese período a empuñar el timón del Estado, fueron ciudadanos patriotas, austeros, probos y capaces; todos ellos supieron conquistar y mantener para Chile el primer lugar entre las naciones del Continente.

La Revolución de 1891 tuvo por objeto implantar en el país el genuino régimen democrático-liberal. Desde el día de su triunfo, la política chilena entró a su fase netamente democrática, y desde ese día comienza también nuestra decadencia. Lenta, casi imperceptible al principio, fué ésta acentuándose paulatinamente, a medida que iba creciendo el predominio de las mayorías. La voluntad de los hombres de temple superior comenzó a ser entrabada en su acción, por la presión—tímida en los primeros años, violenta y tiránica más tarde—del Parlamento y las asambleas de los partidos, hasta concluir por ser ahogada totalmente por ella. Y a medida que el campo político se fué extendiendo, a medida que los derechos otorgados por la Constitución fueron aplicados en forma cada vez más igualitaria, más idealmente democrática, la incapacidad y la corrupción fueron entronizándose en todas las esferas de la administración y del gobierno. El caudillaje de los demagogos, plaga hasta entonces no conocida entre nosotros, pasó a reemplazar la acción ponderada y serena de los políticos del antiguo cuño.

Durante sesenta años tuvimos en Chile un régimen de gobierno que, aunque en el papel de la Carta Fundamental era de la más pura concepción democrática, no lo fué nunca en los hechos; durante los treinta años siguientes, ese régimen fué transformado prácticamente en realidad. Pues bien: durante aquellos sesenta años, Chile fué grande y respetado, fué un modelo entre las naciones sudamericanas; en cambio, al final de los últimos seis lustros, ese mismo Chile se vió lanzado en el más hondo y vergonzoso de los abismos.

¿Fué un hombre el culpable, como muchos, con criterio simplista, lo pretenden? Contestamos que no. Es una injusticia, menos que eso, una ingenuidad, pretender imputar a Alessandri el estrepitoso fracaso de nuestra

democracia. Ese fracaso viene de más lejos, sus causas son más profundas: ellas radican en la base misma de la concepción democrática, que entrega a la multitud la selección de los gobernantes. Si en 1920 nos hubieran gobernado los hombres que sucédiëron a Portales, el paso de la era liberal a la era socialista habría sido, sin duda, agitado y violento, pero no nos habría conducido a la anarquía. Estadistas de verdad, esos hombres habrían comprendido la mutación que se operaba en el alma nacional, y habrían sabido adaptarse a ella. La continuidad de la vida chilena no se habría interrumpido, ni habríamos tenido que soportar oprobios ni vergüenzas. Pero, desgraciadamente, nuestros hombres dirigentes de 1920 no eran ya los mejores. Los procedimientos de selección a base de la voluntad sin control de las mayorías, habían ido colocando a la cabeza del gobierno y de los partidos, no a los más probos y capaces, sino que a los más audaces y ambiciosos. Hacía ya muchos años que la austeridad y la honradez de procedimientos de nuestros viejos estadistas, habían cedido el lugar a las gesticulaciones y la verbosidad de los conductores de asambleas.

Este régimen de selección ha comprobado, pues, entre nosotros, su más rotundo fracaso. Y no podría haber sucedido de otra manera. Gobernar, más que satisfacer las necesidades y los anhelos inmediatos de un pueblo, significa saber respetar el pasado y prevenir el futuro; más que soñar con soluciones abstractas, significa saber palpar la realidad; más que exponer hermosos programas, significa actuar con decisión y precisión de miras. Todas éstas son cualidades cuya apreciación escapa a las multitudes, llámeselas asambleas de partidos o comicios electorales. Para ellas, los problemas del gobierno sólo existen en cuanto afectan al presente inmediato: no comprenden el pasado, ni les interesa el porvenir; los discursos de los caudillos pueden más sobre su mentalidad

versátil, que la labor concreta y eficiente de los hombres de acción, y una bella promesa, aunque de realización imposible, las hace repudiar y despreciar la más cierta de las realidades.

No es de extrañar, por lo tanto, que al escoger sus dirigentes, las multitudes prefieran siempre a los más audaces y brillantes sobre los más honrados y capaces. Y es por esto que cualquiera selección por medio de éllas resulta imposible. Impotencia ésta que se destaca con excepcional gravedad, en una época en que, como ya lo vimos, de esa selección habrá de depender exclusivamente el porvenir histórico nacional.

IV

Comprobada la absoluta y total incapacidad del sistema de las mayorías como fuerza política selectiva, será necesario sustituírlo por otro, que posibilite una selección real y efectiva de los hombres de gobierno. Este sistema, no puede ser sino el diametralmente opuesto al anterior.

Según el sistema democrático-liberal de representación popular, cuyos fundamentos hemos analizado someramente, la selección política de los ciudadanos debe efectuarrla la masa anónima y amorfa. En otras palabras, en su afán de igualar los derechos políticos de todos, la democracia liberal se vió en la necesidad de descender hasta los más bajos escalones de la condición humana, para encontrar en ellos el individuo que sirviera de común denominador en el ejercicio de esos derechos. Resultado de este procedimiento, ha sido la exaltación de la mediocridad, primero, y de la incompetencia, la inmoralidad y el caudillaje, después.

Para reaccionar contra estos males, no cabe sino

recurrir al único sistema selectivo racional, a saber: que los gobernantes sean escogidos entre los mejores y por los mejores. Es absurdo encomendar las selección de los más aptos y honrados a la masa inepta e irresponsable, y es torpe dar la misma opción política a los capaces y a los incapaces, a los hombres de trabajo y a los ociosos, a los que laboran por el bienestar del pueblo y a los que explotan al pueblo.

La verdadera democracia, la única susceptible de dar a los pueblos un gobierno digno de recibir el nombre de tal, no consiste, no puede consistir en el dominio omnipotente de la voluntad de las multitudes, ni en la nivelación sistemática de las condiciones y capacidades de los individuos. Los naturalmente más capaces tienen el derecho y aún el deber de triunfar en la vida, y el papel de la democracia sólo puede consistir en proporcionar a cada cual la oportunidad de surgir, según sus facultades y aptitudes. Todo lo que vaya más allá de estos límites, no es democracia: es demagogia.

La democracia, tal como la entendemos los nacistas, está, pues, estrechamente ligada a los conceptos de jerarquía y disciplina. La base popular de los gobiernos sólo puede residir en la igualdad de posibilidades que se otorguen a los individuos para escalar hasta los más altos puestos del Estado: todo ciudadano, cualquiera que sea su origen o actividad, tiene derecho a aspirar a los cargos y honores públicos, y la colectividad está en la obligación de proporcionarle las oportunidades para conseguirlo. Mas, para tener opción a desarrollar esas posibilidades, debe forzosamente aprender a someterse a las jerarquías sociales. Quien desee mandar, debe previamente haber aprendido a obedecer. Un pueblo sin disciplina, sin respeto a las jerarquías, no podrá aspirar jamás a ser bien gobernado. Un Estado en que el último de los ciudadanos se considera con iguales capacidades

que el primero, es un Estado anarquizado, que ningún provecho puede reportar a la colectividad.

Es por esto que, en el Estado Nacista, la disciplina y la jerarquía habrán de constituir la base de la organización política y administrativa. Los cargos directivos no serán ocupados por los que cuenten en su apoyo con una mayoría ocasional, sino que por los que acrediten, con hechos y actuaciones concretas, poseer mejores condiciones para desempeñarlos.

La tarea esencial del nacismo consiste, por consiguiente, en constituir, sobre bases democráticas, un gobierno aristocrático. Aristocracia y democracia no son para nosotros conceptos antagónicos. Muy lejos de eso: la aristocracia, o sea, el gobierno de los mejores, constituye la lógica y natural resultante de una democracia sana. El gobierno pertenece al pueblo, pero no considerado éste como masa amorfa, sino como generador consciente de una clase dirigente. Todos tienen derecho a intervenir en el gobierno, pero sólo los mejores pueden llegar a realizar prácticamente ese derecho. El solo hecho del nacimiento abre al hombre el camino que conduce a la conquista del poder, pero ese camino sólo podrán recorrerlo, en toda su extensión, los naturalmente llamados a ello.

La aristocracia nacista será, pues, de extracción genuinamente democrática. Los más capaces, los más honrados, en una palabra, los mejores, por modesto que sea su origen, surgirán del anonimato y pasarán a ocupar el lugar que por sus méritos les corresponda. Las jerarquías sociales no se producirán, como hasta ahora, por consideraciones de nacimiento o de dinero, sino que en atención, exclusivamente, a los méritos de cada cual.

Este concepto democrático de la aristocracia, permitirá que la clase directiva, o sea, la que tendrá en sus manos las responsabilidades del gobierno, permanezca en

continúa renovación. Ajena esa clase al espíritu de casta y abiertas a todo individuo las posibilidades de ascender hasta los más altos escalones de la vida, no surgirá el peligro del anquilosamiento de la esfera social dirigente, pues la savia que ésta recibirá permanentemente desde abajo, le permitirá mantener su lozanía y vigor.

Sólo una fuerza política basada en los principios que preceden será capaz de mantener en forma el Estado del futuro. Sólo hombres de temple de acero y de clara visión de las realidades, y apoyados por una organización política y social de selección y sólidamente disciplinada, tendrán la potencia necesaria para volver el país a su antiguo quicio. Ni los unos ni la otra considerados aisladamente tendrían ese vigor indispensable. Sólo ambas fuerzas estrechamente unidas, sólo los estadistas que se apoyen en la masa organizada y seleccionada de la población, tendrán opción a hacer un gobierno estable y duradero. Es una ilusión creer que uno o varios hombres, por amplias que sean sus capacidades y los medios de acción de que dispongan, puedan operar la transformación radical de un estado de cosas que no es sino el reflejo del caos moral en que se debate el país. El cambio de unos hombres de gobierno por otros carece en absoluto de eficacia, cuando el mal que aqueja a la nación emana de ella misma, o sea, cuando la incapacidad de los gobernantes no es sino consecuencia de la abulia política y la desorganización de los gobernados.

V

Sentados los principios fundamentales en que habrá de descansar el nuevo Estado Nacista, debemos todavía agregar algunas palabras acerca de sus funciones y organización.

Digimos al comenzar este estudio que la función natural del Estado moderno es servir de órgano director

y regulador de las actividades individuales, especialmente en el terreno económico. Los fantásticos progresos realizados por la técnica industrial, han traído como consecuencia lo que podríamos llamar una hipertrofia de los procesos económicos. Las leyes económicas naturales se han visto entrabadas en su juego regulador de las actividades comerciales e industriales, debido a la creciente acumulación, en manos de un reducido número de individuos, de los elementos de producción y de consumo que son indispensables para el desenvolvimiento de las naciones y la satisfacción de las necesidades vitales de la población. Esos individuos o grupos se han constituído, de esta manera, en árbitros de la vida de los pueblos, los que se ven sometidos, cada vez en forma más tiránica y violenta, a los caprichos sin control ni contrapeso de los grandes banqueros y especuladores internacionales. Dicho fenómeno ha adquirido tal potencia y entidad, que, en mayor o menor escala, domina él actualmente todas las actividades económicas.

Frente a esta acción de los agiotistas y explotadores del esfuerzo colectivo, la gran masa de la población permanece absolutamente indefensa, por cuanto carece de una fuerza organizada capaz de resistir la presión que aquéllos ejercen sobre ella. Y ante esta impotencia, ha tocado al Estado tomar sobre sí la representación de la colectividad, para hacer pesar su autoridad y los fuertes recursos que le concede su situación privilegiada, como un medio de restablecer el equilibrio de la balanza.

Esta necesaria y prepotente intervención del Estado en las esferas de la economía y de la técnica, hacen del todo indispensable estructurar su organización sobre bases que le posibiliten dicha intervención de un modo amplio y eficiente. Mientras la función del Estado no pasó de ser simplemente policíaca, su organización pudo muy bien descansar sobre bases más a menos metafísicas y

abstractas. El reconocimiento y la mantención de las libertades individuales pudo, sin duda, en ese período de la historia, constituir el eje de toda la acción gubernativa. Pero desde el momento en que esa concepción metafísica del Estado ha sido reemplazada por la nueva concepción objetiva y empírica del mismo, como director y árbitro de los procesos económicos, es indudable que su organización no puede ya continuar descansando sobre aquellas bases tradicionales.

La libertad, ha cedido su lugar al trabajo, como fin supremo de la existencia humana. Los pueblos ya no claman por libertad, en el absurdo alcance liberal de este concepto, sino que claman por trabajo. La lucha por la vida ha llegado a tal paroxismo de crudeza y de rigor, que los pueblos que deseen triunfar en ella, se vén en la necesidad imprescindible de dirigir hasta las más recónditas de sus energías a un fin único y supremo: producir. La voz de orden de la hora presente no puede sino ser ésta: trabajar el máximum, para producir el máximum. La marcha de la humanidad no permite ya a las naciones detenerse o distraer sus energías en luchas de orden sentimental o doctrinario. La vida ha perdido su romántico idealismo de antaño. Trabajo y más trabajo: es ésta y sólo ésta su posibilidad actual.

La orientación, el estímulo y la defensa del trabajo, en todos sus aspectos, constituyen, pues, el motivo y la razón de ser del nuevo Estado. Lógico es, entonces, é indispensable, que su organización y poderío se fundamenten también en la fuerza del trabajo. Esto significa, en otras palabras, que la estructura política del Estado de mañana deberá forzosamente descansar en los organismos que en alguna forma representen el trabajo nacional.

Los viejos partidos liberales serán, pues, reemplazados, como entidades políticas, por organismos consti-

tuídos a base de trabajadores, en la más amplia y genuina acepción de este calificativo. Obreros y empresarios, trabajadores del músculo y del cerebro, en una palabra, todos los que laboran en alguna forma por el bienestar general, tendrán cabida en esos organismos. Sólo los ociosos, los especuladores y explotadores del trabajo ajeno, los parásitos sociales, quedarán excluídos de este concierto grandioso.

VI

Individualidades de selección y aristocracia del trabajo y del esfuerzo, he aquí los robustos pilares en que descansará el Estado Nacista.

Pero, se nos objetará, según esta concepción del Estado, los gobiernos pasarán a ser simples dictaduras.

No tememos semejante objeción.

Dentro del curso fatal de la historia, no cabe a los hombres discurrir acerca de la conveniencia de que los acontecimientos sucedan en una forma o en otra. Las leyes de la historia y del desarrollo de los pueblos, como leyes naturales que son, no pueden ser violentadas por la voluntad humana. Esta no llega más allá de poder encauzarlas y servirse de ellas para la satisfacción de las aspiraciones y necesidades colectivas, pero en manera alguna le es lícito detenerlas en su acción o hacerlas variar fundamentalmente en sus efectos.

Así como el ingeniero no puede en sus construcciones violentar las leyes fundamentales de la física, sino que debe limitarse a conocerlas y aprovecharlas para la mejor realización de su obra, así también los pueblos no pueden, en sus construcciones políticas, ir contra las leyes fundamentales que gobiernan la existencia de las colectividades. En esta materia, sólo les es dado, como al ingeniero, conocer esas leyes, o sea, medir, en cada pe-

ríodo de su desarrollo, las posibilidades políticas que en el mismo se presentan, y aprovechar esas posibilidades con un máximum de eficiencia para su desenvolvimiento y prosperidad. Más allá no les es posible llegar, y si lo intentan, caerán fatalmente víctimas de su ignorancia o temeridad.

De aquí que para abordar nuestro futuro político, debamos comenzar por considerar las posibilidades que el mismo nos ofrece. No se trata de que procuremos gobernarnos conforme a tal o cual sistema mas o menos idealista, sino que de gobernarnos con los medios de que dispongamos para ello. No se trata de elucubrar nuevas fórmulas políticas, sino que de descubrir y aprovechar en un máximum las que sean naturalmente posibles.

Pues bien, ya lo hemos dicho: las posibilidades políticas de este siglo girarán, necesariamente, en torno a los individuos y no a las doctrinas. Con desconocer este hecho o no desearlo, no conseguiremos evitarlo; muy lejos de eso, sólo lograremos sufrir más duramente sus consecuencias. Los años que llevamos vividos en Chile desde la muerte del régimen liberal de gobierno, constituyen la más convincente y dolorosa de las pruebas de este aserto. Una y otra vez hemos querido reaccionar contra la fuerza de nuestro destino histórico, y una y otra vez nos hemos estrellado violentamente contra su acción inexorable. Hemos querido desconocer la realidad de los acontecimientos, hemos querido sobreponernos a los mismos, impedir su curso fatal, y sólo hemos logrado ser arrastrados por ellos, a la deriva y sin control.

Vivimos en un siglo de hondas y sangrientas luchas, en las que el triunfo corresponderá a los pueblos que con visión más clara sepan comprender las exigencias y necesidades de la época, y la forma de darles satisfacción. No será, por cierto, de los que sueñan con la realización de utopías, o se obstinan en resucitar un pasado que se

fué para no volver. Será de los que comprendan la vida en toda su realidad, de los que observen lo que "és" y no lo que desearían que fuera.

No entraremos, pues, los nacistas, a discutir si el régimen político que exalta el predominio de la multitud sobre el individuo, es o no superior a aquel en que el individuo es quien domina y encauza a la multitud. Y no lo haremos, porque consideramos que semejante controversia sería absolutamente estéril. Para nosotros, el único régimen posible en el futuro es el segundo de los indicados, y es por ello que lo patrocinamos y lo implantaremos. No sabemos, ni nos interesa saber si, idealmente considerado, este régimen será mejor o peor que el democrático-parlamentario, ni nos importa que se le apode de dictatorial y autocrático por los ilusos y soñadores. Lo que sí sabemos y esto es lo único que debe interesarnos, es que no hay para nuestro futuro político sino el siguiente dilema: o un gobierno de personalidades fuertes, con amplia autoridad de mando, o la anarquía.

Es ésta la realidad y a ella deberemos someternos, querámoslo o no. Realidad dolorosa, tal vez, para aquellos que añoran los viejos tiempos patriarcales, en que el gobierno y la política eran la arena de románticas lides doctrinarias; realidad vibrante y emuladora para el patriotismo de los varones de espíritu resuelto, que lleven en sus almas la noble ambición de ligar sus nombres y sus vidas al resurgimiento y la grandeza de la patria.

